

Jacobo Feijóo

Martín Rodríguez



El caso de los calcetines desaparecidos



TINTA

algar

1

Una tarde aburrida



Aquella semana no había demasiado movimiento en la Agencia Mortis Causae.

Lazlo hacía sus experimentos entre nubes de vapor, explosiones y sonidos de electricidad mientras masculaba combinaciones y fórmulas muy raras. Por su parte, Chong-Duy dormitaba, algo muy normal en él, desparamado en el suelo como si fuese una alfombra porcina.

Y, mientras tanto, yo pensaba en mis cosas y contestaba a algunos comentarios de mis redes sociales.



«¡Eres genial como el Carnaval!»

«Y elegante como una caballera andante»



«¡Eres única cuando te pones la túnica!».

«Me parece que eres el mismo del comentario de antes, ¿no?»



«¡Te adoro, aunque no te haya visto nunca ni nunca haya hablado contigo ni recuerde bien tu nombre! Era Mauricia, ¿no?»

:o/



«Me caes mal y eres más hortera que una rata con un diente de oro a la que le huele el aliento a croquetas baratas (soy @stultus, por si no te habías enterado)»



«¿Las ratas comen croquetas? Oo»



–¡Aish! –suspiré–. Ser *influencer* tiene sus pros y sus contras. Siempre hay un *troll* amargado con ganas de chincharte solo por hacerse notar.



«Si alguien tiene glamur y consigue que las mariposas bailen en mi estómago, esa eres tú».

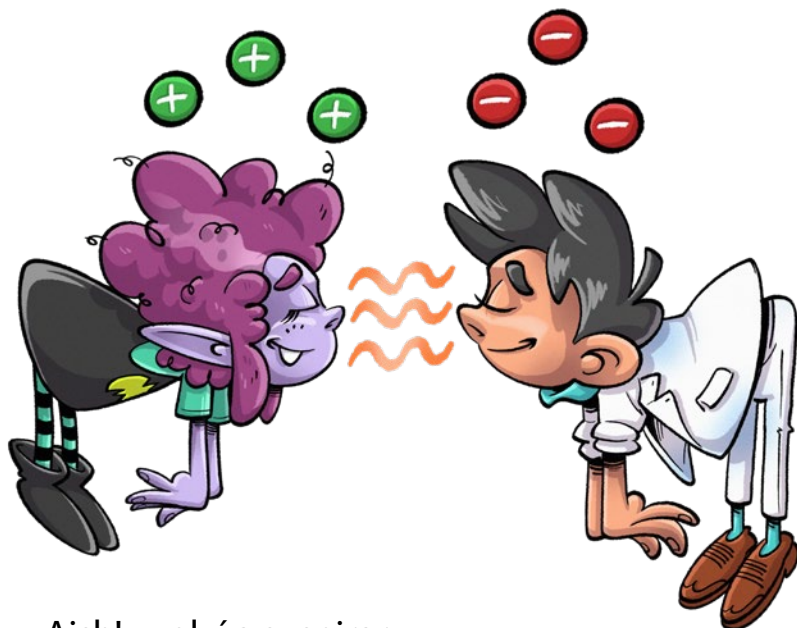
Ese comentario había sido de Massi Modutti, otro *influencer* de la moda al que yo le gustaba un montón. Pensé en él... Era un chico elegante, bien parecido, educado, con un estilo clásico que quitaba el hipo. No estaba nada mal, las cosas como son. Dejé escapar un «hummm» de satisfacción.

–Deberías quedar un día con él –contestó mi amigo Lazlo, como si pudiera leerme el pensamiento–. Los polos positivos y negativos de los imanes se atraen.

–¿Eso es una metáfora para decir que nos gustamos los dos sin saberlo? –pregunté.

–¿Eh? ¿Uh? No, no... Es que estaba haciendo un experimento con un imán y acabo de confirmar que es verdad: los polos opuestos se atraen. Déjame anotarlo en mi libreta...

¡Jo, qué fastidio! Hasta Lazlo se despistaba enseguida con otros temas cuando mis preocupaciones salían a relucir.



–¡Aish! –volví a suspirar.

Como no había nada que hacer, me acomodé en mi silla y comencé a frotarme el colmillo derecho, que es lo que hago cuando pienso. Mientras, Chong-Duy roncó un poco y espantó con la oreja una mosca que, la verdad, no parecía muy asustada.

¿Cómo podría hacer yo para conocer a Massi en persona? Seguro que si se daba cuenta de que yo era una vampira todo se complicaría. Excepto mi amigo Lazlo, el científico, y mi cerdo vietnamita, nadie conocía mi secreto. Lo bueno de esto es que los vampiros no podemos salir en las fotos ni en los vídeos, así que en mis redes sociales yo era la *influencer* más misteriosa de todas. Pero, por otro lado, como nadie me había visto, nadie sabía que yo era una vampira, cosa que podría asustar a aquellos que lo descubriesen.



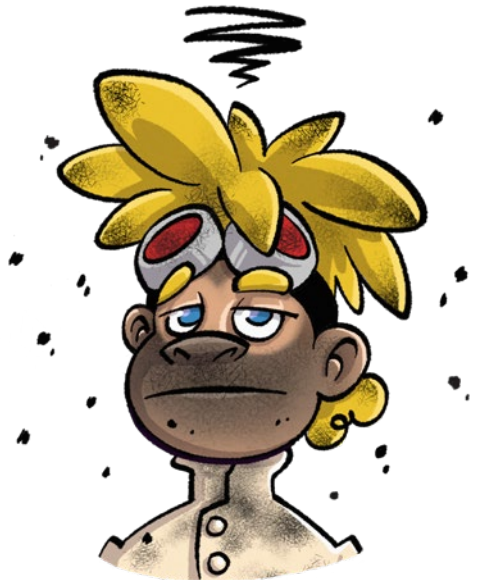
«¡Hazte una foto un día y hálbanos en un vídeo! ¡Nadie viste igual de bien que tú!».

Volví a frotarme lentamente el colmillo derecho, dándole vueltas a mi característica vampírica una y otra vez y preguntándome de dónde salía ese rasgo tan mío.

–¿Mezclarías el potasio con agua? –me preguntó Lazlo, desde el laboratorio.

–Mmmsé –contesté yo sin prestar mucha atención, perdida en mis pensamientos.

Mientras se oía una explosión por algún lado y a Lazlo decir «Mala idea; anoto», a la vez que se tiznaba la cara de negro, tuve una revelación. Si mi problema se debía a que tenía dientes de vampira, ¿por qué no ir al dentista? ¡Quizá él me diese una respuesta! En Necrontia teníamos uno muy reconocido del que me habían hablado muy bien los primos de María Pupi y que también me había recomendado Pedro, el domador de arañas con buenas mañas. Tenía



que tomar una decisión respecto a mi problema y no tardé en tenerlo claro: iría al dentista.

–¡No importa el problema, importa la solución! –exclamé en voz alta.

–¡Solución alcalina, como la lejía! –respondió Lazlo desde el fondo–. ¡Más pH! Creo que con eso puedo estabilizar la fórmula. ¡Gracias por la idea, Carmilla!

Chong-Duy abrió el ojillo y me miró de refilón con complicidad, como diciéndome que Lazlo nunca se enteraba de nada.

Sonreí. Me gustaba tomar decisiones para apartar las dudas y estaba segura de que esta iba a ser una buena elección.

–¡Me vestiré para la ocasión! –rematé, con una sonrisa, como siempre hago cuando empieza una aventura. Chong-Duy resopló.



